



AL



MENOS



TIENES

TRABAJO

NAIARA PUERTAS



**levanta
fuego**



PRIMERA EDICIÓN: MAYO 2019
SEGUNDA EDICIÓN: OCTUBRE 2019
TERCERA EDICIÓN: DICIEMBRE 2019
CUARTA EDICIÓN: SEPTIEMBRE DE 2021

AUTORA: NAIARA PUERTAS

DISEÑO, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN:
LEVANTA FUEGO
WWW.LEVANTAFUEGO.COM

ISBN: 978-84-09-11476-4

EL CONTENIDO DE ESTA OBRA PUEDE SER
DISTRIBUIDO, COMUNICADO Y COPIADO LIBREMENTE,
SIEMPRE QUE SU USO SEA NO COMERCIAL. PARA
CUALQUIER OTRO USO O FINALIDAD, SE RUEGA
CONTACTAR CON LA EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo	5
Al menos tienes trabajo	9
Teoría del discurso.....	13
Vocabulario de emergencia #1: igualdad de oportunidades.....	39
El brazo catódico.....	63
Vocabulario de emergencia #2: productividad	85
Sumisión activa.....	101
Vocabulario de emergencia #3: democracia	123
Callejones	141
Apuntes de psicología.....	179
Himnos y cierre	201
Bibliografía.....	231

PRÓLOGO

«No me hables de ellos y nosotros en la misma empresa». Así resumía Margaret Thatcher el nuevo carácter social de época que ella misma inauguraba; algo que recuerda a la famosa viñeta de Quino en donde aparecen un grupo de trajeados en una barca asombrados de que el único tipo que rema se queje del cansancio, a lo que le responden, «pero Martínez, ¿vamos o no vamos en la misma barca?». El mundo se nos aparece como uno que no tiene un otro, como una sola realidad dada en la que ya nada se le puede oponer. Una modalidad de sociedad en la que el dominio se hace más absoluto cuanto más se ausenta, un dominio que no se articula como un poder opuesto a los sujetos, sino que ahora elimina toda distancia entre ambos y todo lo vemos a partir de él porque reina, como decía Spinoza, en el alma de los súbditos. Nuestras vidas se desarrollan y reproducen al interior de las categorías del capital cuando nuestras relaciones están subsumidas realmente al circuito del dinero y el trabajo. No lo sabemos pero lo hacemos, y, aunque conozcamos cómo funciona, tampoco cambia nada porque no es un problema de toma de conciencia, sino de la reproducción de formas de vidas

imaginadas, esto es, de una forma social que se nos aparece como la forma natural. Bajo la necesidad de multiplicar el dinero, las formas de vida producen nuevas necesidades que a su vez reproducen las formas de vida que trabajan para multiplicar el dinero. El problema reside en los requisitos exigidos para poder sobrevivir como trabajador cuando el conflicto capital-trabajo, recuerda nuestra autora, «ha de convertirse en una mezcla entre autopromoción y ruegos: “Cómprame a mí, no les compre a los de China”».

Esta cotidianeidad del ser-plusvalor contemporáneo es el objeto del texto que nos presenta Naiara Puertas: «parece que nos movemos en dos polos irreconciliables: la enunciación de teorías muy sólidas sobre el papel; y la imposibilidad de ponerlas en práctica porque la respuesta inmediata no puede ser otra que “tienes razón, pero necesito el dinero”. Escrito a borbotones y sin contemplaciones, dispara, como Nietzsche, a la moral del trabajo y al trabajo convertido en moral. La sociedad de trabajadores solo puede crecer especulativamente y transformar en objeto de intercambio y venta lo que antes no lo era. La producción, como recuerda Marx, está enfocada con arreglo a un fin, de ahí que, como destaca Naiara, las «reformulaciones de jornada laboral que plantea se basan en que si los trabajadores son más felices son, por tanto, más productivos», en lugar de lo contrario, esto es, ser más productivos para ser más felices y depender menos del trabajo. Pero claro, sin trabajo proletario productor de mercancías el dinero no tiene ningún valor que expresar.

Así pues, cuál es la crítica que se hace al capitalismo: ¿una distribución más equitativa de la riqueza que el proletariado produce como capital o la abolición del modo en que se produce esa misma riqueza para sustituirlo por otra forma? Esto nos conduce a otra

pregunta, ¿se trata de realizarse en tanto que proletario o emanciparse de la condición proletaria? Lo que lleva a cuestionarse todo esencialismo que observa en el trabajador la figura portadora del bien y que «en ningún sitio pone que al sentarse en un escaño o detentar poder, la gente de extracción humilde vaya de suyo a ser empática con las personas de su misma clase social».

Mientras escucha la radio, mientras se prepara para ir al trabajo o cuando regresa de este y se fija en un cartel publicitario, Naiara analiza una maraña de realidades y presentaciones de la vida cotidiana, como el paso a la nueva figura ensalzada del empresario filántropo que se preocupa por el bienestar general en pleno empeoramiento de las condiciones de vida. Los aspectos desapercibidos, lo que no suele comentarse, aquello que solo tiene sentido en el sinsentido, -como las novedosas maneras de nombrarnos y tratarnos que cosifican tanto más las relaciones humanas cuanto más agradable se torna la forma de comunicarse-, son destripadas y expuestas en carne viva a lo largo de libro.

Entre túper y túper, Naiara delinea los contornos de la empleabilidad, es decir, analiza toda una miríada de estímulos, razones, situaciones, prácticas y percepciones, que forjan el relato del trabajo en los tiempos del cinismo y el desencanto. La vida cotidiana convertida en una *storytelling* donde resulta complicado separar la parte que corresponde a la persona del personaje, y en la que el concepto de autoestima se centra en la búsqueda por cultivar la propia interioridad y la autenticidad del yo proyectada en el mundo; un estado de inmersión emocional que contrasta con la palidez decadente reflejada en los programas de televisión (*El jefe infiltrado*, *Pesadilla en la cocina*) donde los trabajadores se evaden de su trabajo

viendo como otros trabajadores trabajan. Sin embargo, la cuestión del capitalismo permanece a la espera, no de una respuesta que hay muchas y variadas, ni tampoco del diseño de una alternativa, sino de lo contrario, de la afirmación de que no hay otra alternativa más que salir del cepo que impone la sociedad de trabajadores.

Jorge Moruno
Madrid, marzo de 2019

AL MENOS
TIENES TRABAJO

NAIARA PUERTAS

Se ha convertido en un artículo de fe de la moralidad moderna que todo trabajo es bueno en sí mismo, una creencia que resulta muy convincente para los que viven del trabajo de otros.

Useful Work, Useless Toil

William Morris, 1885

La conformidad con el discurso de la empleabilidad está garantizada en parte por la figura imaginaria del futuro empleador, que está siempre mirando metafóricamente por encima del hombro de cada uno. Colin Cremin se refería a esta aparición psicológica como «el jefe de todo»: una proyección generalizada de los futuros empleadores y sus expectativas, que regula las acciones y las decisiones de una persona en el presente. El jefe de todo es un disciplinario estricto al que no es fácil impresionar. Exige un trabajo constante de responsabilidad, toma de decisiones racionales y autogestión. Si un trabajador ocupa demasiados cargos en áreas dispares, el jefe podría considerarlo excéntrico, indeciso e inespacializado. Pero si el mismo trabajador languidece en el mismo puesto demasiados años, el jefe podría decidir que es complaciente o carente de ambición [...]. La empleabilidad representa una forma «descentralizada» de explotación a la que las personas se ven obligadas a someterse de modo casi voluntario, a medida que se van disolviendo los límites espaciales y temporales que antes limitaban la explotación al tiempo fichado.

El rechazo al trabajo

David Frayne, 2011

TEORÍA DEL DISCURSO

Hace unos años, un par de escritores se pasaron por mi ciudad haciendo notar que los entornos laborales eran tremendamente hostiles a ser narrados, que casi nadie hablaba de trabajo en las ficciones, como si la vida se congelara allí. Para explicar este particular, uno de los dos, Isaac Rosa, se valía al final de su libro *La mano invisible* de un fragmento del ensayo *Nunca fue tan hermosa la basura*, de José Luis Pardo, que reza así:

El trabajo, en sí mismo considerado, parece ser, en efecto, inenarrable, y quizá haya motivos profundos —e irrebasables— para que ello sea así, o sea, para que el trabajo sea una parcela de la existencia particularmente inhumana. Ciertamente, hay muchas narraciones que transcurren total o parcialmente en lugares de trabajo, pero lo que estas narraciones relatan es algo que ocurre entre los personajes al margen de su mera actividad laboral, y no esa actividad en cuanto tal, porque en su brutalidad o su monotonía parecen señalar un límite a la narratividad (¿cómo contar algo allí donde no hay nadie, donde cada uno deja de ser alguien?).

Se acercó también Belén Gopegui, que reflexionó sobre el secuestro de la verosimilitud¹ y la necesidad de tener lugares de ensoñación sin que ello supusiera convertirnos en individualistas y mezquinos. La hipótesis parecía ser que verbalizando, detallando, haciendo pública aquella innumerable serie de injusticias privadas que quedaban ocultas tras las paredes de una oficina, de una fábrica, de una casa, y que se comentaban por lo bajo frente a las máquinas de café o de vuelta al hogar, podría ampliarse el horizonte de imaginación política para, finalmente, ganar. Pero la necesidad de mantener alta la moral en aquel eterno *mientras tanto* impedía especificar demasiado bien qué era lo que se podía ganar en ese terreno inenarrable del curro, y, salvo en casos muy zafios –como el de aquel patrón de una panadería que tiró a la basura el brazo amputado por una máquina de un trabajador ecuatoriano sin papeles²–, concretar sobre quiénes habría de levantarse aquella hipotética victoria.

1. «Verán, yo pienso que la novela del siglo XX es casi toda ella de una gran inverosimilitud. Y creo que la causa está relacionada con la prohibición de la política [...]. Me parece que la verosimilitud de una historia alude a que un conjunto de personas prefiere creer que las cosas eran así [...]. Si no se puede hablar de política o si solo se puede hablar en unos términos que conviertan la política revolucionaria en una opción sin salida, los personajes tienen que recluirse en su dimensión privada o en una dimensión pública guiada por los principios capitalistas. Y como en los dos casos deberán tener conflictos para ser interesantes, no hay más remedio que acudir a conflictos morales y turbios, pues cualquier otra opción obligaría al personaje a enfrentarse con las estructuras que lo rodean dando el salto a la lucha colectiva. En las escasas ocasiones en que esto pase, la forma de deslegitimar la lucha será acudir de nuevo a la naturaleza corrupta y negativa de quienes participan en ella». Gopegui, B. «Un pistoletazo en medio de un concierto. Acerca de escribir de política en una novela». En *Rompiendo Algo*, Ed. Universidad Diego Portales. pp. 111-117, 2014.

2. Prats, J., Batalla, E. «Un inmigrante pierde el brazo izquierdo y su patrón lo abandona en las cercanías del hospital». *El País*, 10 de junio de 2009. https://elpais.com/elpais/2009/06/10/actualidad/1244621820_850215.html

También durante los últimos años un par de locutores de cierta radio generalista de gran audiencia tildan prácticamente todos los días de históricos, como empeñándose en poner mojones que forzarían un cambio de vida, no se sabe muy bien si de nuestras biografías particulares o de algo colectivo. ¿Brexit? Histórico. ¿Trump? Histórico. ¿Le Pen a un pedo de ganar? Histórico. Todo va a cambiar, y, sin embargo, sus análisis suelen pillarme preparando los táperes para ir al trabajo. Un montón de días históricos que parecen encaminados, repetición y agotamiento mediante, a que ninguno lo sea. La misma emisora generalista, en ese mismo lapso de tres o cuatro años y endeudada hasta las trancas a pesar de su influencia, ha ido orientando su parrilla hacia los contenidos patrocinados. Muchos de ellos tienen que ver con el trabajo y muestran una actitud ambivalente entre la esperanza y el miedo, ambas en las dosis justas que impulsen la adquisición de un producto o servicio, la enésima *app* sustituyemadres, un cachivache superpersonalizado (que además te mereces) cuyos costes se cargan a hombros del precario que realiza la labor, o una gilipollez robotizada que te ahorra un tiempo que no se convierte en liberado sino, generalmente, en tiempo para seguir currando. El investigador Evgeny Morozov lo resumió, lacónico, en un tuit: «Nada es tan buena muestra de emancipación como el hecho de que nos pasemos la mitad de nuestra jornada moviendo de arriba abajo la rueda del ratón del ordenador».

Una vez al mes, puntual como ella sola, una ETT patrocina el dato del paro. La desconexión local ofrece un programa en la sede del servicio autonómico de empleo, el cual, para colmo, también está sumido en un conflicto laboral con sus trabajadores. En un doble mortal adelante de las industrias del desempleo, los orientadores que ayudan a buscar trabajo a otros están de huelga. El programa

radiofónico se hace merced a un patrocinio institucional, buena forma de asegurarse el control de los contenidos. Los periodistas pasan los cuestionarios a los funcionarios para que sepan cómo va a desarrollarse el programa. Empresas o instituciones que ponen dinero sobre la mesa para patrocinar algo en lo que ellas son complemento agente, pero postulándose como solucionadoras de una materia que les es ajena. Pirómanos y fuego. La emisora, la ETT y la institución golpean primero, trazando –ellas que pueden hacerlo delante de mucha gente– su propio ejercicio de imaginación política, su condición de posibilidad, sus fortines. La desazón se cortocircuitará cuando un técnico haga cábalas y se plantee que el patrocinio paga su nómina. O la del consejero delegado. El *framing* que dice que estamos todos en el mismo barco puesto a funcionar. El discurso alrededor de los datos del paro ha logrado su propia cadencia, su teatralidad, su guion, parecido al de esas películas centroeuropeas de sobremesa del fin de semana, en las que quizá no lo sepas seguro, pero ya intuyes lo que va a pasar. El dato del paro, los parados como ente, la cola del paro como metáfora, los planes de empleo, los debates sobre qué hacemos con los parados –mientras se asfixian en los minutos de descuento de su prestación esperando la próxima prórroga de seis meses de los cuatrocientos veintiséis euros– son ya un pilar del Estado y rellenaminutos de los media. El presentador del magacín del fin de semana de la radio generalista se pregunta un domingo de invierno dónde están los sindicatos, comenta que no se les ve en la tele, en los *Deluxes* políticos. José Babiano Mora planteaba lo rara que resulta esta cuestión, otra supuesta pugna más entre el dicho y el hecho, porque la emisora estaba en perfectas condiciones de solventar esa incoherencia. Quizá había otras razones por las que deseara establecer esa bifurcación entre lo nominal y lo real:

La pregunta sonó doblemente extraña. En primer lugar, porque no hacía mucho que en la empresa para la que trabajaba había tenido lugar un ERE y es probable que se topara en un pasillo con algún delegado o delegada o miembro del comité de empresa metido en el fregado. Podría haberse interesado por lo que hacía. En segundo lugar, porque siendo el director de su programa bien puede invitar cualquier mañana de sábado o de domingo a un sindicalista e inquirirle directamente³.

En fin, que llevábamos unos años en los que sí, al final se había abierto la lata del inenarrable trabajo. El enfoque era poliédrico: podías tener los muy bien predichos quince minutos de fama por las razones más variopintas relacionadas con estadísticas, expectativas frustradas, desempleo crónico, migraciones, desarrollos robóticos o ideas de emprendimiento. Reportajes en clave generacional sobre el «exilio» de los hijos de la clase media, de algunos hijos de obreros que habían incluso pisado la universidad; ora poniendo el foco en la pérdida de capital humano para el país, ora haciendo alusión al desarraigo personal. Pocos años antes aquellas estancias en el extranjero eran muy codiciadas, símbolo de estatus, señal de que el ascensor social iba a todo gas. Esto se les quedaba pequeño. Yo me preguntaba si se echaba de menos a la familia de distinta manera cuando parecía obligado encajar la vida laboral propia dentro del escenario de una crisis mundial, a pesar de que la mayoría de situaciones eran achacables al modelo productivo patrio, y, si me apuras, al reparto de poder, a manejar —o estar al menos próximo a quien maneja—, los circuitos de entrada y salida. Reportajes de

3. Babiano Mora, J. «¿Dónde están los sindicatos? A propósito de la huelga de Seat de El Prat». Blog *Radicales Libres* del diario *Público*, 22 de enero de 2016. <http://radicaleslibres.es/donde-estan-los-sindicatos-proposito-la-huelga-Seat-prat/>

seguimiento de menesterosos que «nunca antes habían sido pobres» y que poco a poco se habían quedado sin nada pero que, como habían salido en el periódico tres años antes y el encargado de un supermercado los había visto, la madre había conseguido curro y ya podía permitirse «no contar los vasos de leche» de sus hijos⁴. *SModa*, suplemento de *El País*, denomina a la clase obrera «inusitada fuerza cultural y sobre todo política, última inspiración de la industria de la moda en la búsqueda de su autenticidad», como si hubieran descubierto el halo de lo verdadero para vender ropa. Para más recochineo el reportaje se titula «Reforma laboral»⁵.

Nos cuentan que sí, que ya se narra el empleo, pero se siguen ocultando los procesos, se retuerce la agencia de los actores. Si en el caso del hombre al que una máquina amputó un brazo en una panificadora su patrón le dijo a las puertas del hospital «si te preguntan, comenta que tuviste un accidente, pero no digas nada de la empresa», en el de la mujer de los vasos de leche tiene que ocurrir lo contrario: que la empresa aparezca como redentora. La inexorabilidad del trabajo vestida de la lotería de una llamada para cobrar una miseria que además hay que agradecer. El departamento de Recursos Humanos y el de Relaciones Públicas se fusionan. Reportajes de ruinas por despidos y de ruinas por empeño en abrir un negocio propio. Pequeños empresarios o sus empleados sentados diez horas al día, escuchando el *pi pi* de la puerta que identifica las entradas de nuevos clientes mientras se ordena algo en el almacén, incluso

4. «Me llamaron y me dijeron que me habían visto, que querían hacer de Papá Noel conmigo y darme un empleo». Sampedro, L. «La esperanza en un vaso de leche». *El Mundo*, edición Baleares, 25 de septiembre de 2015. <http://www.elmundo.es/baleares/2015/09/25/56026f2fca47416f5f8b457c.html>

5. Reportaje de apertura del número 240 de *SModa*, edición impresa, agosto 2018.

cuando ya no queda nada por ordenar; y rezando para que el cliente se gaste algo de dinero en estas tiendas que no pisa ni un alma pero que son *proyectos personales*.

El riesgo latente de que el retrato de la pobreza se convierta en género literario (disfrazado de un acercamiento a *lo real*) y en medio para erigirse como firma de prestigio en donde a uno le dejen. Naturalizar que la presentadora de un *reality* de cocina termine la explicación de las normas de las pruebas diciendo: «los productos que no utilicéis serán donados al banco de alimentos». Sí, se ha constituido una nueva normalidad de afortunados que trabajan, de entidades caritativas y de encargados que pasan por benévolos pero son predadores de la vulnerabilidad. Todo ello a pesar de las múltiples producciones culturales y audiovisuales progresistas/de izquierdas/llámense como se quiera, que en principio buscan subvertir esa imaginación pero que directa o indirectamente acaban nutriendo algunas premisas de las industrias del desempleo; atascándonos más en la maquinaria del trabajo. Con estos mimbres, la pregunta fundamental pasa a ser hasta dónde podemos usar de los demás, lo que lleva de manera inevitable a preguntarse a quién convertimos en *el otro*. Los patronos nunca dejaron de tener claro quiénes constituíamos lo ajeno pero a la vez capturable. Ahora estamos en el punto en el que la avanzada, dicen, economía de servicios, nos permite fragmentar esa otredad. Convertirnos en patronos gracias al consumo, pero como nos recuerda Remedios Zafra, ir adjuntos en el yo *online* sin plantearnos todo lo que estamos regalando⁶, cosa

6. Serrano, S: «En lo que vemos y en lo que damos en la cultura red, 'nosotros' también vamos adjuntos». Entrevista a Remedios Zafra, autora de *Ojos y Capital*. *Diagonal*, 8 de mayo de 2015. <https://www.diagonalperiodico.net/saberes/26531-lo-vemos-y-lo-damos-la-cultura-red-nosotros-tambien-vamos-adjuntos.html>

que, en el trabajo formal, aunque sea de vez en cuando, sí nos plantearíamos. Las necesidades perentorias y la ofensiva, que no es —o no solo— la ofensiva de las multinacionales, de las finanzas o de los marajás de los datos, sino también la amplificación de qué se puede hacer con los demás —con el suelo, con los sentimientos, cómo puedo sacar partido de todo lo que me rodea— y con uno mismo —convertir el propio trauma en una suerte de carrera profesional—; van más rápido que esa hipotética imaginación política a construir. También hemos adquirido la suficiente porción de otros mundos, que también son *el otro*, y que se insertan en este (presos que trabajan, internas sin días libres, aparadoras, trabajadores irregulares del campo, manteros) para que los espacios de impunidad no nos toquen a la mayoría, a los *normales*, a los *ciudadanos*.

Mientras tanto, los remiendos siguen haciéndolos las mismas manos porque parece temerario dar otra consigna que no sea la de aguantar. Marina Garcés explica así cómo muchas de las instituciones encargadas de desplegar esa imaginación política que, decimos, nos falta, terminan por ser lugares en los que nos explotamos mutuamente:

Me refiero básicamente a la sensación de que gran parte de las relaciones que mantenemos se basan, finalmente, en obtener un pedazo del otro. Aunque sea un poco, un trocito. Y si hace falta, arrancado a la fuerza. Pasa, evidentemente, en la esfera pública: tener tu nombre en un cartel, programarte en un evento aunque sea una vez, arrancarte unas líneas para una publicación aunque sean cortas y sobre lo que sea, tener tu presencia, aunque no te prepares nada, tener tu aval, tu firma en un manifiesto, tener tu opinión catalogada entre otras que no tienen nada que ver, tu tuit o tu ‘me gusta’ para cualquier causa. Pero pasa lo mismo en la esfera más íntima: el colega